

D. CÉSAR. (Después de un momento.) — Por mi

madre.

D. JUAN. (Inclinándose sobre él.) — ¡Vive por ella y consuela

á su hermano!

En caso de necesidad, ¿ella triunfará! No puede resistir

á las subterfugas conmovedoras de su hermano. ¡Llanto in-

contenible! ¡Aprisa alguna esperanza! ¡Préstale vida. Un

dijo se queda en este momento es en estado de haber: á veces

las palabras, y se ve en la tela el catalán y el léxico roto

de condicional.

D. CÉSAR. (Volviéndose hacia el léxico.) — ¡No, hermano; no

quiero arriesgarme en el mundo... En vez de decir el léxico,

es para mí más necesaria que las lágrimas de una madre,

¡que las subterfugas del amor! Yo tengo en mis brazos lo

que podría convertir la vida terrestre en divina... pero

yo, al asesino, lo de ser feliz y tú, inocente y puro, ¿cómo

on cuenta tú, en un momento... El insto ardiente de

nuestro amor no ha de conseguir la desgracia en este

momento suyo... He visto las lágrimas, dos cortinas también

por mí, estoy estupefacto, y le digo: se pierda un hijo,

que me quede á los pies de un hermano, que se arde en brazos de

su madre.

En caso de necesidad, (Después de un momento.) —

¡Vive por ella y consuela á su hermano!

En caso de necesidad, ¿ella triunfará! No puede resistir

á las subterfugas conmovedoras de su hermano. ¡Llanto in-

contenible! ¡Aprisa alguna esperanza! ¡Préstale vida. Un

dijo se queda en este momento es en estado de haber: á veces

las palabras, y se ve en la tela el catalán y el léxico roto

de condicional.

D. CÉSAR. (Volviéndose hacia el léxico.) — ¡No, hermano; no

quiero arriesgarme en el mundo... En vez de decir el léxico,

es para mí más necesaria que las lágrimas de una madre,

¡que las subterfugas del amor! Yo tengo en mis brazos lo

que podría convertir la vida terrestre en divina... pero

yo, al asesino, lo de ser feliz y tú, inocente y puro, ¿cómo

LA DONCELLA DE ORLEANS

LA DONCELLA DE ORLEÁNS.

ARGUMENTO.

En el prólogo de este drama, Schiller ofrece al lector la familia de Juana de Arco, á su padre, á sus dos hermanas y á los novios de las tres. Thibaut de Arco, que así se llama el padre de la heroína, se muestra descontento de Juana por su carácter visionario y excéntrico, tan distinto del sencillo y natural de sus otras dos hijas. Hasta la reprende, porque, en su juicio, muestra ciertas inclinaciones de hechicera. Llega entonces de Vancouleurs, ciudad inmediata, un labrador apellidado Bertrand, que trae nuevas de la guerra, funestas hasta el extremo, puesto que los ingleses vencen en todas partes, y el Delfin Carlos VII, refugiado en Chinon, carece de energía, y, además, no tiene tropas, ni dinero, ni crédito. Trae también un yelmo, que le ofrecía una gitana, y á su vista Juana se entusiasma, se apodera de él, pronuncia palabras proféticas, y, al fin, se decide á abandonar á su familia y rebaño para presentarse á una tropa amiga, que se acerca á socorrer al Delfin, y se halla próxima á Vancouleurs, y que, amenazada, por último, por dos ejércitos enemigos, ha resuelto, en la imposibilidad de pelear ó de huir, entregarse al Duque de Borgoña, unido con los ingleses.

El Rey Carlos VII y su corte aparecen en Chinon en el acto primero. El Condestable lo ha abandonado ya; Dunois, el Bastardo de Orleáns, al ver la irresolución del Rey, se propone imitarlo; los Consejeros de Orleáns, diputados por esta ciudad para pedirle socorro, y manifestarle que, si no se les auxilia, habrán de entregarse en breve, son desahuciados por el Monarca, y, por último, hasta sus tropas escocesas amenazan retirarse porque no se les paga. El Rey acuerda entonces pasar el Loira y dejar libre el campo á sus enemigos, sobre todo al saber que sus tentativas para atraer á su partido al Duque Borgoña han sido inútiles. Da, pues, las órdenes para realizar su deseo, cuando llega á su conocimiento que se ha ganado una batalla á los ingleses, contra toda esperanza, debida al heroísmo de Juana, que se ha puesto al frente de los soldados de Francia. En seguida viene ella misma en persona, conoce al Rey, sin haberlo visto nunca, y á pesar del ardid que imaginan para probarla, declara ante todos cuáles han sido las preces dirigidas al cielo por Carlos VII, se dice enviada por la Virgen, y señala, siendo obedecida, cuáles han de ser su espada y su bandera.

El acto segundo comienza por una disputa entre el Duque de Borgoña y sus aliados los generales ingleses, achacando cada uno á los demás su común derrota. La Reina, madre del Delfín, que está también con ellos y contra su hijo, intenta reconciliarlos, y lo consigue hasta cierto punto, aunque revolviéndose todos contra ella. Por fin se deciden á pelear de nuevo con los franceses al día siguiente; pero no se realiza su proyecto, porque Juana, con los soldados de Carlos VII, invade de improviso el campamento inglés, arrolla y vence á cuanto le resiste, mata á Montgomery, noble mancebo inglés, y encuentra al Duque de Borgoña, con quien se niega á pelear, convenciéndolo, al cabo, y no sin trabajo, á que abandone la

mala causa de Inglaterra y defienda á su Soberano y á su patria.

Dunois y La Hire, los más valerosos capitanes del ejército francés, aparecen enamorados de Juana en el acto tercero, y disputando por ella. Chatillón, enviado del Duque de Borgoña, formula de parte de su Señor las condiciones de cuya aceptación depende la vuelta de los borgoñones al servicio de Carlos VII. Este suscribe á todas, y, en su consecuencia, el Duque, con los suyos, se reconcilia con el Rey. Juana intercede por Duchatel con el Duque, y consigue que lo perdone, á pesar de considerarlo aquél como á asesino de su padre. Niégase también la doncella á acceder á las pretensiones de sus dos amantes, y pelean ingleses y franceses, muriendo Talbot, célebre general de los primeros. Un Caballero negro finge huir de Juana, la aparta del campo de batalla, y la exhorta á que se retire, desapareciendo en seguida misteriosamente. Entonces llega Lionel, caballero inglés; y cuando Juana, arrancándole el yelmo, se dispone á matarlo, siente por él de improviso simpatía y amor, y lo deja escaparse.

Juana, enamorada de Lionel en el acto tercero, quejosa de su suerte en este cuarto, y comprendiendo que la condición impuesta á su misión divina, de no sentir ni admitir inclinación alguna amorosa, ha sido quebrantada por ella, manifiesta á Inés Sorel su impureza, sin expresar la causa, se resiste á tomar y llevar en la fiesta su antigua bandera, aunque al fin accede á los ruegos de Dunois y de La Hire, sus pretendientes; encuentra á sus hermanas, que han venido también á Reims, y les demuestra su afecto. Pero su padre asiste también á la procesión; y, cuando el pueblo la vitorea, y el Rey la ensalza hasta las nubes, se presenta el primero, la increpa y la maldice en público, y afirma que cuanto ha hecho ha sido obra del diablo y de sus artes infernales. Ella se queda inmóvil y muda, y todos

lo creen, porque hasta el cielo, con sus truenos, testifica contra ella, y todos la abandonan, siendo desterrada por orden del Rey, y saliendo de la ciudad sin más compañía que la de su antiguo pretendiente Raimundo, que ha venido también á la fiesta.

Juana y Raimundo aparecen fugitivos en el acto quinto, en un bosque situado entre el campamento de los ingleses y el de los franceses. Refúgíanse en la choza de un carbonero, que los recibe con bondad, aunque al fin huyan de la Doncella, reconocida por su hijo, éste, el carbonero y su mujer. Juana convence á Raimundo que no es hechicera, explicando su incomprensible silencio, ante las acusaciones de su padre, como un acto de sumisión á los mandatos divinos. A poco sobreviene con soldados la Reina Isabel, escapándose Raimundo y quedando prisionera la Doncella, que hace cuanto puede para que la maten, al saber que van á llevarla á Lionel. Por fin la encierran en una torre, bajo la guarda de la Reina. Lionel se presenta y le salva la vida, no obstante la sedición de los soldados ingleses, que piden su muerte.

Juana ha desechado ya por completo su pasajera debilidad amorosa, y se niega obstinada y heroicamente á acceder á las pretensiones de Lionel. Trábase la batalla entre ingleses y franceses, venciendo al principio aquéllos, y viéndose el Rey de Francia en grave riesgo de caer prisionero; pero Juana se despoja milagrosamente de sus cadenas, vuela al socorro de los suyos, cambia con su influjo la suerte de la guerra, salva al Rey, y muere al cabo de sus heridas entre sus compatriotas, bendecida y honrada por todos.

LA DONCELLA DE ORLEÁNS.

TRAGEDIA ROMÁNTICA.

PERSONAJES.

CARLOS VII, Rey de Francia.
LA REINA ISABEL, su madre.
INÉS SORCI, querida del Rey.
FELIPE EL BUENO, Duque de Borgoña.
EL CONDE DUNOIS, bastardo de Orleans.
LAHIRE,
DUCHATEL, } oficiales del ejército del Rey.
EL ARZOBISPO DE REIMS.
CHATILLÓN, caballero borgoñón.
RAOUL, caballero lorenés.
TALBOT, general inglés.
LIONEL,
FALSTOLF, } capitanes ingleses.
MONTGOMERY, caballero del país de Gales.
CONSEJEROS DE ORLEANS.
UN HERALDO INGLÉS.
THIBAUT D'ARC, rico labrador.
MARGOT,
LUISÓN, } hijas de Thibaut.
JUANA.
ESTEBAN,
CLAUDIO MARÍA, } sus novios.
RAIMUNDO.
BERTRAN, otro labrador.
LA SOMBRERA DE UN CABALLERO NEGRO.
UN CARBONERO Y SU ESPOSA.
Soldados, pueblo, oficiales de la corona, obispos, frailes, mariscales, magistrados, cortesanos, y otros personajes mudos del séquito de la coronación.

PRÓLOGO.

Paisaje campestre.

Delante, á la derecha, una imagen de un santo en una capilla, y, á la izquierda, una copuda encina.

ESCENA PRIMERA.

THIBAUT D'ARC, sus tres hijas, y tres pastores jóvenes,
sus novios.

THIBAUT.—¡Sí, queridos vecinos! Hoy somos franceses, ciudadanos libres, y dueños del antiguo suelo, que cultivaron nuestros padres. ¿Quién sabe cuál será mañana nuestro amo? En todas partes ondea la bandera victoriosa de los ingleses, y sus corceles huellan los fértiles campos de Francia. París los ha recibido como á vencedores, y el retoño de una dinastía extranjera orna sus sienes con la corona de Dagoberto. El descendiente de nuestros Monarcas vaga errante, desheredado y fugitivo en su propio reino. Contra él, en el ejército enemigo, pelean su pariente más próximo, su primer par, y hasta su cruel madre lo guía.

Aldeas y ciudades arden por todas partes. El humo de las llamas se acerca más cada instante girando hacia estos valles, todavía inermes. He aquí la razón, vecinos estimados, ya que hoy puedo hacerlo, con el favor de Dios, de mirar por la suerte de mis hijas. En las miserias de la guerra la mujer necesita protector, y un amor fiel es grande ayuda para sobrellevar las penalidades de la vida. (Al primer pastor.) Ven, Esteban, has solicitado á mi Margot; nuestros campos están próximos, los corazones de acuerdo... bases ambas de un buen casamiento. (Al segundo pastor.) ¡Claudio María! ¿Callas, y mi Luisón baja los ojos? ¿Separaré yo dos corazones, que se aman, sólo porque no tienes tesoros que ofrecerme? ¿Quién los posee ahora? La casa y la granja son despojo del enemigo más próximo, ó de las llamas... El pecho honrado de un hombre de valor es hoy el hogar más seguro.

LUISÓN.—¡Padre mío!

CLAUDIO MARÍA.—¡Luisón mía!

LUISÓN. (Abrazando á Juana.)—¡Hermana querida!

THIBAUT.—Para cada uno treinta fanegas de tierra, un establo, una casa y un rebaño... Dios me ha dado su bendición. ¡Él os bendiga ahora!

MARGOT. (Abrazando á Juana.)—¡Contenta á nuestro padref! ¡Sigue nuestro ejemplo! ¡Que hoy se celebren tres bodas venturosas!

THIBAUT.—Idos, y haced los preparativos necesarios. Mañana os casaréis, y quiero que, con este motivo, toda la aldea se regocije. (Ambas parejas se van del brazo.)

ESCENA II.

THIBAUT, RAIMUNDO y JUANA.

THIBAUT.—Tus hermanas se casan, Juanita, y su felicidad sonríe á mi vejez; y tú, la más joven, me causas pena y dolor.

RAIMUNDO.—¿Qué idea os ocurre? ¿Por qué reconvenís á vuestra hija?

THIBAUT.—Aquí ves este generoso mancebo, con el cual no tiene comparación ningún otro de la aldea, en todos conceptos excelente, y que te ha consagrado su afecto. Tres otoños hace ya que, con toda su alma, te pretende en silencio. Tú lo rechazas con frialdad, y ni uno solo de los demás pastores ha logrado arrancarte una sonrisa favorable... Te veo florecer con todos los encantos de la juventud en la primavera de la vida, con todas las bellezas corporales en la época de la esperanza; pero siempre aguardo en vano que esa flor abra su cáliz á los rayos del tierno amor, y produzca sus olorosos frutos. ¡Oh! Esto no me agrada, y me indica la influencia de un yerro deplorable de la naturaleza. No me place observar que tu corazón, frío y sereno, se cierre en la edad propia de los sentimientos.

RAIMUNDO.—¡No hagáis caso, Thibaut! Dejadla en paz. El amor de mi incomparable Juana es don celestial, noble y tierno, que, poco á poco y sin sentir, alcanzará su madurez. Conténtale ahora vivir en las montañas, y la molesta descender de las umbrías, en donde se ve libre, á la mezuquina mansión de los hombres, morada de cuidados vulgares. Con frecuencia la contemplo desde este valle pro-

fundo, en silencio y admirado, cuando descuella en las alturas en medio de su rebaño, fijándose, llena de dignidad y de nobleza, en las estrechas regiones de la tierra. Páreceme entonces que simboliza algo sobrenatural, y que pertenece á tiempos que pasaron.

THIBAUT.—He ahí justamente lo que no me satisface. Ella esquiva el trato afable de sus dos hermanas, busca las desiertas montañas, y abandona su lecho de noche, antes que cante el gallo; y en esa hora temerosa, en que el hombre ansía juntarse con otros hombres, se desliza, como ave solitaria, por el imperio horrible y sombrío de los espíritus nocturnos, corre á las encrucijadas, y acostumbra entablar diálogos misteriosos con el viento de las montañas. ¿Por qué elige siempre ese paraje, y lleva á él frecuentemente su rebaño? Obsérvala horas enteras pensativa, sentada bajo el árbol de los Druidas, del que huyen todos los seres venturosos. No, no es de buen agüero, porque bajo él, desde la época antigua y oscura del paganismo, reside un mal espíritu. Cuentos espeluznantes refieren, acerca de él, los más ancianos de la aldea, y á menudo se oye entre sus ramas extraño concierto de voces sobrenaturales. Yo mismo, al pasar junto á ese árbol cierto día, ya tarde, vi allí una fantasma de mujer, que extendió hacia mí su mano descarnada envuelta en vestido de pliegues numerosos. Parecía como si me hiciese señas; pero yo apresuraré el paso, y encomendé á Dios mi alma.

RAIMUNDO. (Señalando á la imagen de la capilla).—La imagen veneranda de la Virgen, que derrama aquí la paz del cielo, no Satanás, atrae sólo á vuestra hija.

THIBAUT.—No, no; no en vano he tenido yo ciertos sueños y angustiosas apariciones. Tres veces he visto á mi hija en Reims, sentada en el regio solio, con una diadema brillante y siete estrellas en la frente, el cetro en su mano, y saliendo de él tres azucenas; y yo, su padre, sus dos

hermanas, y todos los príncipes, condes y arzobispos, y hasta el mismo Rey, se inclinaban ante ella. ¿Cómo, pues, ha de llenarse mi cabaña de tanto esplendor? ¿Anuncia quizás esto una profunda caída? Este sueño saludable simboliza las vanas inclinaciones de su corazón. Avergüenzase de su humildad... porque Dios la ha dotado de tanta belleza corporal, de dotes tan maravillosos, distinguiéndola de todas las doncellas de este valle; el orgullo insensato se ha apoderado de su alma, cuando por su soberbia se precipitaron al abismo los malos ángeles, y por la soberbia se insinúa el infierno en el ánimo de los hombres.

RAIMUNDO.—¿Quién más modesta ni más virtuosa que vuestra hija? ¿No sirve á sus hermanas con alegría? Es, entre ellas, la más capaz, y, sin embargo, como la de menos aliento, se somete gustosa á los trabajos más pesados, y por ella prosperan admirablemente vuestros rebaños y campos. A cuanto toca, la bendición divina favorece con dicha incomparable.

THIBAUT.—¡Sí; es verdad, una dicha incomparable!... Pero me asusta también tanta ventura... No hablemos más de esto. Yo callo. Quiero guardar silencio, porque ¿cómo ofender yo á mi propia hija? No puedo hacer otra cosa que aconsejarla, y rogar á Dios por ella. Pero debo advertirle... que huya de ese árbol, que no ame la soledad, ni arranque raíces á media noche, ni prepare bebedizos, ni trace caracteres en la arena. El mundo de los espíritus se revuelve fácilmente, porque acechan siempre emboscados, su oído es sutil, y acuden en tropel en seguida. No estés sola, porque el mismo Satanás tentó en el desierto al Dios del cielo.

ESCENA III.

BERTRAND, con un yelmo en la mano.—THIBAUT,
RAIMUNDO y JUANA.

RAIMUNDO.—¡Silencio! Aquí regresa Bertrand de la ciudad. Pero ¿qué trae?

BERTRAND.—¿Os admiráis de verme? ¿Os sorprende contemplar en mis manos este objeto extraordinario?

THIBAUT.—Así es; decídnos cómo lo habéis adquirido, y por qué traéis á esta mansión de paz ese signo de mal agüero. (Juana, que, durante las escenas anteriores, ha estado muda, y sin mostrar interés alguno en cuanto ha pasado, manifiesta curiosidad y se acerca á ellos.)

BERTRAND. — Apenas podré deciros yo mismo cómo este casco se encuentra en mi poder. Había ido á Vancouleurs á comprar aperos de labranza. La plaza estaba llena de gente, porque acababan de llegar de Orleáns algunos fugitivos, que contaban malas noticias de la guerra. Recorrí toda la ciudad en conmoción; y cuando yo discurría entre la muchedumbre, se me acercó una tostada gitana con este yelmo, y, mirándome fijamente, me dijo: «Buen amigo, sé que buscáis un yelmo; sí, sé que buscáis uno. ¡Ea! ¡Tomadlo, pues! Os lo daré muy barato...» «Dirigíos á los lanceros, le conté; soy labrador, y el yelmo no me hace falta». Pero no me dejó, añadiendo: «Ningún hombre puede asegurar que no necesitará de yelmo. Ahora es más útil para las casas tener el techo de hierro que de piedra.» Así me persiguió por las calles, empeñada en que, sin querer yo, había de comprar su mercancía. Lo examiné

entonces mejor, y observé que era bello y brillante, y digno de un caballero; y cuando yo le daba vueltas en mi mano, dudando y admirado de tan extraña aventura, desapareció la gitana de mi vista, llevada con rapidez por las oleadas de la gente, y fué mío el yelmo.

JUANA. (Apoderándose de él con prontitud y afán.) — ¡Dámelo!

BERTRAND. — ¿Para qué os servirá? No es ningún adorno para la cabeza de una doncella.

JUANA. (Arrebatándosele de las manos.) — ¡El yelmo es mío y para mí!

THIBAUT. — ¿Qué dice esa niña?

RAIMUNDO. — Dejadla que satisfaga su capricho. Bien le sienta esa prenda de guerra, porque en su pecho late un corazón varonil. Recordad cómo domó el lobo feroz, animal terrible y cruel, que devastaba nuestros rebaños, llevando de horror á los pastores. Y ella sola, doncella de corazón de león, peleó con él y le arrancó el cordero, que se llevaba en sus sangrientas fauces. Sea cual fuere la valerosa frente, que haya de cubrir este yelmo, ninguna lo será más que la suya.

THIBAUT. (A Bertrand.) — ¡Hablad! ¿Qué nueva desgracia ha ocurrido en la guerra? ¿Qué contaban esos fugitivos?

BERTRAND. — ¡Que Dios se apiade de la patria, y ayude al Rey! Hemos sido derrotados en dos grandes batallas; el enemigo posee el corazón de Francia, y hemos perdido todas las provincias hasta el Loira... Ahora ha concentrado todas sus fuerzas para sitiar á Orleáns.

THIBAUT. — ¡Dios proteja al Rey!

BERTRAND. — Artillería innumerable se ha reunido de todas partes. Como los enjambres de abejas zumban alrededor de las colmenas en el otoño; como las nubes de langosta, traídas por viento funesto, cubren leguas enteras del campo, perdiéndose de vista, así se han acumulado en las cercanías de Orleáns ejércitos de todos los pueblos, y

el sonido confuso de sus lenguas diversas llena el campamento. Porque el vehemente y poderoso Duque de Borgoña ha llegado con todos sus hombres de armas, los de Lieja, Luxemburgo, Hainaut, Namur, y los que habitan en el venturoso Brabante, en la voluptuosa Gante, adornándose con orgullo de terciopelo y seda; los de Zelanda, cuyas ciudades se ostentan tan bellas sobre las aguas del mar; los holandeses, ricos en rebaños; los de Utrecht, hasta los de la lejana Frisia, que viven hacia el helado polo... Todos ellos siguen las banderas del temible señor de Borgoña, y vienen á conquistar á Orleáns.

THIBAUT. — ¡Oh discordia, mil veces malhadada, que esgrime contra Francia sus propias armas!

BERTRAND. — Hasta la anciana Reina, la orgullosa Isabel, la Princesa de Baviera, cabalga en los reos cubierta de acero, excitando á todos contra su hijo con palabras insolentes, después de haberlo llevado en su seno.

THIBAUT. — ¡Que la maldición caiga sobre su cabeza! ¡Ojalá que la precipite Dios algún día al abismo de su perdición, como hizo con Jezabel!

BERTRAND. — El temible Salisbury, destructor de murallas, dirige el asedio; ayúdanle Lionel, hermano del león, y Talbot, cuya espada homicida siega en las batallas tantas vidas. Han jurado, en su rabia criminal, deshonrar á todas las doncellas y sacrificar con la espada á cuantos la llevan; han construido cuatro grandes torres para dominar á la ciudad, y desde ellas el cruel Conde de Salisbury la espía con miradas amenazadoras, y cuenta hasta los transeuntes que recorren ligeros sus calles. Muchos miles de balas, de enorme calibre, han sido ya disparadas contra la plaza, arruinando iglesias, y obligando á doblegar su cerviz á la soberbia torre de Nuestra Señora. Han preparado también minas, y los habitantes de Orleáns descansan llenos de espanto sobre este infernal abismo, temiendo á cada instante

su explosión, acompañada de atronador ruido. (Juana, que lo ha escuchado atenta, se pone el yelmo.)

THIBAUT. — Pero ¿en dónde estaban, pues, los brazos esforzados de Saintrailles, de La Hire y del Bastardo heroico, baluarte de la Francia, cuando el enemigo ha logrado avanzar tanto? ¿En dónde está el mismo Rey, presenciando ocioso la ruina de su Reino y la pérdida de su ciudad?

BERTRAND. — El Rey tiene en Chinon su corte, sin soldados, y en la imposibilidad de combatir. ¿De qué sirve el valor de los generales y la fuerza de los héroes, cuando el miedo, de rostro palido, paraliza al ejército? Pavor inexplicable, como si Dios lo infundiera, se ha apoderado de los ánimos más valerosos. Las órdenes de los Príncipes no se obedecen. Como se apiñan tímidas las ovejas al oír los aullidos del lobo, así los franceses, olvidados de su antiguo renombre, sólo buscan su seguridad en las fortalezas. Un caballero no más, según he oído, ha levantado escasa tropa, y acude al socorro del Rey con diez y seis banderas.

JUANA. (Con viveza.) — ¿Cómo se llama ese caballero?

BERTRAND. — Baudricourt. Pero escapará con trabajo á la vigilancia del enemigo, que lo persigue con sus dos ejércitos.

JUANA. — ¿En dónde está ese caballero? ¡Decídmelo, si lo sabéis!

BERTRAND. — Dista de Vancoleurs menos de una jornada

THIBAUT. (A Juana.) — ¿Qué te importa? Haces preguntas que son impropias de tí.

BERTRAND. — Viendo al enemigo tan poderoso, y que no pueden esperar del Rey auxilio alguno, han resuelto, por unanimidad, entregarse al Duque de Borgoña. Así no sufriremos el yugo extranjero, y continuaremos sometidos á la secular dinastía de nuestros Soberanos... y acaso vol-

vamos de nuevo á la antigua corona francesa, si se reconcilian alguna vez Borgoña y Francia.

JUANA. (Como inspirada.)—¡Nada de tratados! ¡Nada de sujeción! El libertador se acerca, y se apresta á la pelea; la fortuna de los enemigos se estrellará ante Orleans, porque rebosa ya la medida, y la mies está madura. La doncella se adelanta con su hoz para abatir las espigas de su orgullo. Bajando del cielo humillará su gloria, que se sublima ahora hasta las nubes. ¡No temed! ¡No huid! Antes que se doren los campos, antes que se llene la luna, los corceles de Inglaterra no beberán ya en las aguas del caudaloso Loira.

BERTRAND.—¡Ay de mí! Cesaron ha tiempo los milagros.

JUANA.—Los hay todavía... Una blanca paloma se precipitará con el valor del águila contra esos buitres, que han devastado la patria. Vencerá á ese soberbio borgoñón, traidor á su país; á ese Talbot, que amenaza al cielo con sus cien brazos; á ese Salisbury, profanador de templos, y á todos esos temerarios isleños, ahuyentándolos como á un rebaño de corderos. El Señor, el Dios de las batallas, estará con ella. Él elegirá una criatura tímida, y será ensalzado por una tierna doncella, porque es Todopoderoso.

THIBAUT.—¿Qué espíritu se apodera de esa niña?

RAIMUNDO.—Es el casco el que la inspira ese ardor bélico. ¡Mirad á vuestra hija! Sus ojos brillan, y en su rostro aparece el entusiasmo que la abrasa.

JUANA.—¿Este reino ha de sucumbir? Esta región de la gloria, la más bella, alumbrada eternamente por el sol, el paraíso de la tierra, amado por Dios, como la niña de sus ojos, ¿ha de soportar las cadenas de un pueblo extranjero?... El poder del paganismo se estrelló en él. Aquí se levantó la primera cruz, imagen de la gracia divina; aquí descansan las cenizas de San Luis, y desde aquí se preparó la conquista de Jerusalén.

BERTRAND. (Admirado.)—¡Oid sus palabras! ¿De dónde le viene esa elevada inspiración? ¡Thibaut d'Arc, Dios os ha dado una hija maravillosa!

JUANA.—¿Cómo? ¿No hemos de tener ya Reyes propios, ni señores naturales de este Reino?... El Soberano, que nunca muere, ¿ha de desaparecer para nosotros?... Él, que protege á la sagrada reja del arado, que ampara nuestros trabajos rurales, y hace fértil la tierra, y da libertad á los siervos, y rodea su trono de alegres ciudades... que socorre al débil y amedrenta al malvado, sin conocer la envidia... porque es más que ninguno... que, siendo hombre, es ángel de misericordia en este mundo de maldades... Porque el solio del Monarca, resplandeciente de oro, es el refugio de los desgraciados... en él residen la fuerza y la compasión... el culpable se acerca á él temblando, confiado el justo, y retoza con los leones de su cortejo. El Rey extranjero, que llega de otros países, y no tiene en este suelo sagrados restos de sus antepasados, ¿podrá amarlo? Quien no ha jugado con nuestros jóvenes; aquel cuyo corazón no mueven nuestras palabras, ¿podrá ser el padre de sus hijos?

THIBAUT.—¡Que Dios proteja al Rey y á la Francia! Nosotros somos pacíficos labradores, no sabemos manejar la espada, ni regir el bélico corcel... Esperemos, pues, sumisos, que la victoria nos dé un Rey. La fortuna de las batallas es la obra de Dios. Será nuestro Soberano el que sea ungido con el óleo sagrado, y reciba la corona en Reims... ¡Vamos, pues, á trabajar! Venid! Que cada cual piense sólo en lo que más le interese. Los grandes y los Príncipes de la tierra se la repartirán entre sí. Nosotros, tranquilos, contemplaremos los estragos de los hombres, porque el suelo, que cultivamos, resiste á todas las tempestades. Si el fuego devora nuestras aldeas, y los cascos de sus caballos de guerra huellan nuestros sembrados,

otra primavera traerá consigo nuevas mieses, y nuestras chabras se levantarán otra vez fácilmente. (Vanse todos menos Juana.)

ESCENA IV.

JUANA, sola.

¡Adiós, vosotras, montañas; pastos queridos, valles pacíficos y melancólicos, quedad con Dios! Juana no discurrirá ya más entre vosotros, y se despide para siempre; prados regados por mí, árboles que yo planté, floreced alegremente. ¡Adiós, grutas, y frescas fuentes! Tú, eco, voz grata de este valle, que respondiste á mis cantos con tanta frecuencia, Juana os abandona, y no volverá jamás.

Para siempre os dejo, lugares testigos de mis placeres inocentes. Dispersaos, corderos, por los matorrales, porque sois ahora rebaño sin pastor; he de apacentar otro en los campos sangrientos de la muerte. Así me lo ordena la voz del espíritu, no impulsándome deseo mundanal ni vano.

Quien descendió hasta Moisés en el monte Horeb, mostrándose á él en el zarzal ardiendo, y mandándole que se presentase á Faraón; el que eligió en otro tiempo por combatiente al piadoso mancebo, hijo de Isai; el que ha sido siempre propicio á los pastores, me habló desde las ramas del árbol, y me dijo: «Vé; tú darás testimonio de mí sobre la tierra. Revestirás de acero tu pecho delicado; el acero á los hombres no tocará tu corazón, ni los gocees terrestres lo abrasarán con sus llamas pecadoras. La corona de la desposada no a tornará jamás tus cabellos, ni en tu seno se reclinará ningún niño amado; pero yo, colmándote de

gloria bélica, te enalteceré sobre todas las mujeres de la tierra.»

»Cuando los más valerosos vacilen en la lid; cuando parezca que sucumbe el destino de Francia, tú serás quien lleve mi estandarte, y abatirás al orgulloso vencedor, como la diestra segadora á las espigas. Tú derribarás la rueda de su fortuna, salvarás á los hijos heroicos de tu nación, y libertarás á tu Soberano, y lo coronarás en Reims.»

El cielo me envía su signo. Tráeme el yelmo, que viene de él, y su acero me infunde fuerza divina, inspirándome el valor ardiente de los querubines. Arrástrame al estrépito de la guerra; me arrebatara con la violencia de la tempestad, y hieren mis oídos los gritos de los combatientes, el relinchar de los corceles y el sonido de las trompetas. (Vase.)